

Catequesis: encuentro personal con Cristo Palabra



**Jubileo Nacional de los catequistas.
Templo Basílica de los Angeles, Cartago
Sábado 21 de mayo 2011. 9 a.m.**

**Día nacional de la Catequesis
Domingo 29 de mayo 2011**



Catequesis: encuentro personal con Cristo Palabra

El Directorio General para la Catequesis, afirma que “*el fin definitivo de la catequesis, es poner a uno no sólo en contacto sino en comunión, en intimidad con Jesucristo*”, y que “*toda la acción evangelizadora busca favorecer la comunión con Jesucristo*” (DGC 80a). Que “*la catequesis se propone fundamentar y hacer madurar esta primera adhesión*”, que nace del primer anuncio. “*Se trata, entonces, de ayudar al recién convertido a conocer mejor a ese Jesús, en cuyas manos se ha puesto (...) conocer su misterio, el Reino de Dios que anuncia, las exigencias y las promesas contenidas en su mensaje evangélico, los senderos que Él ha trazado a quien quiera seguirle...*” (DGC 80b).

Esto lo podemos descubrir en el pasaje de San Juan, de los primeros discípulos que conocieron y se encontraron con Cristo y que posteriormente lo siguieron, como texto modelo de lo que la catequesis tiene como finalidad fundamental, de lo que cada día los seguidores de Jesús debemos vivir, desde la experiencia de fe que nos transmite la catequesis y de lo que ésta nos proporciona, según lo que hemos expuesto inicialmente. Para ello, vamos a ver lo que Juan nos cuenta y enseña, desde el texto bíblico:

Al día siguiente, estaba Juan otra vez allí con dos de sus discípulos y, mirando a Jesús que pasaba, dijo: “Este es el Cordero de Dios”. Los dos discípulos, al oírlo hablar así, siguieron a Jesús. Él se dio vuelta y, viendo que lo seguían, les preguntó: “¿Qué quieren?”. Ellos le respondieron: “Rabbi –que traducido significa Maestro– ¿dónde vives?”. “Vengan y lo verán”, les dijo. Fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él ese día. Era alrededor de las cuatro de la tarde.

Uno de los dos que oyeron las palabras de Juan y siguieron a Jesús era Andrés, el hermano de Simón Pedro. Al primero que encontró fue a su propio hermano Simón, y le dijo: “Hemos encontrado al Mesías”, que traducido significa “Cristo”. Entonces lo llevó a donde estaba Jesús. Jesús lo miró y le dijo: “Tú eres Simón, el hijo de Juan: tú te llamarás Cefas”, que traducido significa PEDRO...” (Juan 1,35-42).

Análisis y enseñanza del texto

Solamente nos vamos a detener, en este texto de Juan, en dos verbos que nos interesan, para la catequesis como encuentro con Cristo Palabra: “buscar” y “encontrar”. Pero antes, ya Juan nos había presentado a Jesús como Palabra del Padre, que vivía eternamente con Dios y que, siendo Dios, Luz y Vida, entró en nuestra historia al hacerse hombre y encarnarse, buscando así a los demás seres humanos (ver Juan 1,1-18). Ahora Jesús, siendo la Palabra viva de Dios, facilita el encuentro con los discípulos de Juan Bautista con Él mismo.

Los verbos “buscar” y “encontrar”

A menudo en la Biblia, el verbo “buscar” tiene un sentido profundo y trascendente. Y es que, para una persona creyente, todas las búsquedas del corazón humano son, en el fondo, una búsqueda de Dios. *Búsquenme y vivirán*, dice el Señor, por medio del profeta Amós (Am 5,4.6; Sal 69,32). Todos los profetas insisten en la necesidad de esa búsqueda (ver Is 55,6; 65, 1.10; Os 5,15; 10,12; Sof 2,3; Jr 29,13). Pero sólo encuentra aquel que busca con verdadero deseo y corazón limpio: *Me buscarán y me encontrarán, cuando me soliciten de todo corazón; me dejaré encontrar de ustedes* (Jr 29, 13-14; ver Dt 4,29).

La búsqueda de Dios tiene que estar acompañada por el amor y la justicia. De lo contrario, Dios mismo oculta su rostro y no se deja encontrar. Así lo dice el profeta Oseas, dirigiéndose a los sacerdotes y a la casa real de su tiempo: *Irán en busca del Señor, pero no lo encontrarán: ¡se ha retirado de ellos!* (Os 5,6).

En los Evangelios, muchos son los que buscan a Jesús, aunque con intenciones bien diversas. Algunos, como los discípulos del texto, lo encuentran. Sin embargo, aquellos que no creen serán incapaces de encontrarlo (ver Jn 7,34; 8,31). Vemos, pues, cómo dos de los discípulos de Juan, al oír su testimonio, se fían, siguen a Jesús y caminan tras él movidos por una búsqueda. Jesús reconoce su búsqueda y les sale al encuentro. Sabe lo que mueve a aquellos hombres, pero quiere que ellos expresen su deseo: *“¿Qué buscan?... –Maestro, ¿dónde vives?”*.

Los antiguos maestros no enseñaban sólo doctrina, no ilustraban sólo la memoria o adiestraban en una técnica a sus discípulos, sino que les enseñaban a vivir. Eso es lo que ellos desean aprender de Jesús: a vivir. Jesús les invita: *“Vengan y verán”*. Y el narrador nos cuenta, de un modo conciso, que *“fueron”, “vieron” y “se quedaron”* (“permanecieron”) con Él.

Más tarde, los mismos discípulos se transforman en testigos y apóstoles que atraen a otros hacia Jesús con su anuncio entusiasta y convencido. En este caso es Andrés, el que transmite a su hermano Simón lo que él mismo ha “visto y oído”, contemplado y tocado con sus manos, al Mesías Jesús. Pero esa transmisión del mensaje no es del todo efectiva, hasta que el nuevo discípulo no se encuentre personalmente con Jesús y experimente, como Pedro, que también él es elegido y amado de forma única por Jesús.

Este es el mismo itinerario de discipulado-anuncio que seguirán otros personajes del evangelio de Juan, como la samaritana (Jn 4), el ciego de nacimiento (Jn 9) o María Magdalena (Jn 20,11-18). Y esto es lo que la catequesis debe hacer y lograr siempre. De forma que, en la vida y acción pastoral de la Iglesia, a lo largo del tiempo, su trabajo será favorecer este encuentro vital con Jesús, como nos enseña san Juan en este bello texto, que estamos comentando. La catequesis debe propiciar la búsqueda de Jesús y así encontrarnos con Él.

Lugares de encuentro con Cristo Palabra

El Documento de Aparecida, comentando este pasaje de Juan 1,35-42 (ver DA 244), afirma que *en el hoy de nuestro continente latinoamericano, se levanta la misma pregunta llena de expectativa: “Maestro, ¿dónde vives? (Jn 1, 38), ¿dónde te encontramos de manera adecuada para abrir un auténtico proceso de conversión, comunión y solidaridad? ¿Cuáles son los lugares, las personas, los dones que nos hablan de ti, nos ponen en comunión contigo y nos permiten ser discípulos y misioneros tuyos? (DA 245). Y luego nos presenta los lugares donde los cristianos y cristianas, como discípulos (as), de Cristo, lo podemos encontrar. Y la catequesis, teniendo en cuenta estas orientaciones y estos lugares, es lo que debe lograr. Veamos:*

- Encontramos a Cristo Palabra en la Iglesia, que en palabras del Papa Benedicto XVI, es “nuestra casa” (ver DA 246), *pues en ella tenemos todo lo bueno, todo lo que es motivo de seguridad y de consuelo (podemos descubrir en el afiche este encuentro en las figuras humanas formando un círculo, que simboliza la comunidad).*
- Encontramos a Cristo en la Sagrada Liturgia de manera admirable: *Al vivirla, celebrando el misterio pascual, los discípulos de Cristo penetran más en los misterios del Reino y expresan de modo sacramental su vocación de discípulos y misioneros. La Constitución sobre la Sagrada Liturgia del Vaticano II, nos muestra el lugar y la función de la liturgia en el seguimiento de Cristo, en la acción misionera de los cristianos, en la vida nueva en Cristo, y en la vida de nuestros pueblos en Él (DA 250)*
- *La Eucaristía es el lugar privilegiado del encuentro del discípulo con Jesucristo. Con este sacramento Jesús nos atrae hacia sí y nos hace entrar en su dinamismo hacia Dios y hacia el prójimo. Hay un estrecho vínculo entre las tres dimensiones de la vocación cristiana: creer, celebrar y vivir el misterio de Jesucristo, de tal modo, que la existencia cristiana adquiera verdaderamente una forma eucarística (DA 251a).*

Y el documento sigue enseñando que a Cristo Palabra, lo podemos encontrar también en el sacramento de la reconciliación, en la oración personal y comunitaria, en una comunidad viva en la fe y en el amor fraterno (DA 254-256). Y sabemos que la catequesis nunca se cansa de transmitir en sus contenidos, vivencia y celebración, todas estas verdades, que los catequistas y catequizandos pueden vivir y disfrutar con Cristo Palabra, en el caminar de fe y en el diario encuentro con su Persona.

Lectio divina

Pero nos vamos a detener, en un encuentro muy especial, que Aparecida presenta con propiedad y amplitud, y que, por sí mismo, tiene su enseñanza y aplicación catequética. Es el encuentro con Cristo (Palabra), en la Sagrada Escritura.

Encontramos a Jesús en la Sagrada Escritura, leída en la Iglesia. La Sagrada Escritura (...) es -con la Tradición- fuente de vida para la Iglesia y alma de su acción evangelizadora. Desconocer la Escritura es desconocer a Jesucristo y renunciar a anunciarlo. De aquí la invitación de Benedicto XVI: Al iniciar la nueva etapa que la Iglesia misionera (...) se dispone a emprender, (...), es condición indispensable el conocimiento profundo y vivencial de la Palabra de Dios. Por esto, hay que educar al pueblo en la lectura y la meditación de la Palabra: que ella se convierta en su alimento para que, por propia experiencia, vea que las palabras de Jesús son espíritu y vida (...). De lo contrario, ¿cómo van a anunciar un mensaje cuyo contenido y espíritu no conocen a fondo? Hemos de fundamentar nuestro compromiso misionero y toda nuestra vida en la roca de la Palabra de Dios (DA 247).

Se hace, pues, necesario proponer a los fieles la Palabra de Dios como don del Padre para el encuentro con Jesucristo vivo, camino de “auténtica conversión y de renovada comunión y solidaridad”. (...) Los discípulos de Jesús anhelan nutrirse con el Pan de la Palabra: quieren acceder a la interpretación adecuada de los textos bíblicos, a emplearlos como mediación de diálogo con Jesucristo, y a que sean alma de la propia evangelización y del anuncio de Jesús a todos (...) (DA 248).

Entre las muchas formas de acercarse a la Sagrada Escritura hay una privilegiada al que todos estamos invitados: la Lectio divina o ejercicio de lectura orante de la Sagrada Escritura. Esta lectura orante, bien practicada, conduce al encuentro con Jesús-Maestro, al conocimiento del misterio de Jesús-Mesías, a la comunión con Jesús-Hijo de Dios, y al testimonio de Jesús-Señor del universo. Con sus cuatro momentos (lectura, meditación, oración, contemplación), la lectura orante favorece el encuentro personal con Jesucristo, (...) proceso de discipulado, de comunión con los hermanos y de compromiso con la sociedad... (DA 249).

Lectio divina y Verbum domini

La Exhortación Apostólica postsinodal *Verbum Domini*, en referencia a la Lectio divina, nos dice en su número 86:

El Sínodo ha vuelto a insistir más de una vez en la exigencia de un acercamiento orante al texto sagrado como factor fundamental de la vida espiritual de todo creyente, en los diferentes ministerios y estados de vida, con particular referencia a la lectio divina. En efecto, la Palabra de Dios está en la base de toda espiritualidad auténticamente cristiana. Con ello, los Padres sinodales han seguido la línea de lo que afirma la Constitución dogmática Dei Verbum: “Todos los fieles... acuden de buena gana al texto mismo: en la liturgia, tan llena del lenguaje de Dios; en la lectura espiritual, o bien en otras instituciones u otros medios, que para dicho fin se

organizan hoy por todas partes con aprobación o por iniciativa de los Pastores de la Iglesia. Recuerden que a la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañar la oración". La reflexión conciliar pretendía retomar la gran tradición patristica, que ha recomendado siempre acercarse a la Escritura en el diálogo con Dios. Como dice san Agustín: "Tu oración es un coloquio con Dios. Cuando lees, Dios te habla; cuando oras, hablas tú a Dios". Orígenes, uno de los maestros en este modo de leer la Biblia, sostiene que entender las Escrituras requiere, más incluso que el estudio, la intimidad con Cristo y la oración. En efecto, está convencido de que la vía privilegiada para conocer a Dios es el amor, y que no se da una auténtica SCIENTIA CHRISTI sin enamorarse de Él. En la Carta a Gregorio, el gran teólogo alejandrino recomienda: "Dedícate a la lectio de las divinas Escrituras; aplícate a esto con perseverancia. Esfuérzate en la lectio con la intención de creer y de agradar a Dios. (...) Aplicándote así a la lectio divina, busca con lealtad y confianza inquebrantable en Dios el sentido de las divinas Escrituras, que se encierra en ellas con abundancia. Pero no has de contentarte con llamar y buscar. Para comprender las cosas de Dios te es absolutamente necesaria la oratio. Precisamente para exhortarnos a ella, el Salvador no solamente nos ha dicho: "Buscad y hallaréis", "llamad y se os abrirá", sino que ha añadido: "Pedid y recibiréis".

La Lectio divina, continúa el documento, es verdaderamente *capaz de abrir al fiel no sólo el tesoro de la Palabra de Dios sino también de crear el encuentro con Cristo, Palabra divina y viviente (VD 87).*

Los pasos de la Lectio divina

El método de la Lectio divina (VD 87), que ha sido cultivado por muchos de nuestros catequistas y catequizandos, consiste en seguir estos sencillos pasos:

- El encuentro con la Palabra de Dios, comienza preparando el ambiente donde tiene lugar el encuentro. En particular, se coloca en un ambón (o mesa bien dispuesta) una Biblia abierta y se preparan también los participantes, no sólo con su postura, sino también con un "corazón limpio". Es necesario, además, que cada uno traiga su Biblia o el texto impreso.
- A continuación tiene lugar la invocación al Espíritu Santo para que así como hizo que la Palabra se convirtiera en libro, que fue la experiencia de la primera comunidad cristiana, el libro se haga Palabra.
- Después se busca el pasaje bíblico elegido y se prepara con preguntas que desde la vida, ayuden a comprender el texto.

- El siguiente paso es la lectura, o más bien proclamación, del texto bíblico. Es muy importante que luego siga un momento de silencio para que cada quien lo relea personalmente.
- El siguiente paso sugiere a los participantes sacar un lapicero para marcar con el signo de interrogación (¿?) los pasajes que no entienden. Asimismo se les pide subrayar el pasaje que consideran central o el más importante. Así, en el grupo, se descubre este pasaje medular o se ofrecen elementos para la comprensión, siendo ayudado por el catequista o guía del encuentro.
- Los participantes vuelven a leer el pasaje, y en esta ocasión deben marcar con el signo de exclamación (!) el pasaje o pasajes que interpelan sus intenciones o acciones. Con el lapicero deben marcar con un asterisco (*) el pasaje o pasajes que les pueden ayudar a orar, posteriormente.
- Se pasa entonces a la meditación, siguiendo el signo de exclamación. Como ayuda, se sugiere hacer preguntas desde el pasaje que interpelan la vida.
- Luego tiene lugar la oración, siguiendo los asteriscos, para orar desde y con la Palabra de Dios y de lo que han vivido en el encuentro con la Palabra, es decir, con Cristo mismo.
- Por último se deja espacio a la contemplación, ayudándose del silencio o de la música “suave”. Lo importante es que Jesús nos arrebate, nos mire y que nosotros lo miremos, que haya un intercambio de miradas, como hemos visto en el texto de Juan 1,35-42. Se pasa así a la última fase, “el actuar”, escribiendo una palabra (por ejemplo, “diálogo”, “ayuda”) que indica al participante el camino a seguir y compartir... Es decir, que lo invite al compromiso concreto.

Esta práctica de la lectio divina en la catequesis y hecha en comunidad, constituye un excelente método, para facilitar a los catequistas y catequizandos, el encuentro con Cristo Palabra mediante la Sagrada Escritura, que es el signo escrito de su persona como Palabra viva de Dios (Jn 1,1-14).

Quiera Dios que el texto bíblico que hemos puesto como modelo de encuentro con Cristo Palabra, y que las orientaciones de las enseñanzas del magisterio, favorezcan efectivamente, desde la catequesis, el encuentro vital con Cristo, por medio de su Palabra escrita, *para reconocer la presencia de Jesucristo y seguirlo (...) que fue la hermosa experiencia de aquellos primeros discípulos que, encontrando a Jesús, quedaron fascinados y llenos de estupor ante la excepcionalidad de quien les hablaba, ante el modo cómo los trataba, correspondiendo al hambre y sed de vida que había en sus corazones...* (DA 244b).